

## Luis La Hoz

### ELOGIO DEL ENTUSIASTA

Tú tienes, como los griegos, la divina cualidad del entusiasmo. Fácilmente podrías andar seguido de ovejas y de cabras, envuelto en cierta luz, en aquella extraña luz que nace no del cielo sino de la tierra, de las rocas golpeadas por el mar en su estruendosa e inacabable danza.

Ningún material es deleznable para el entusiasmo. El amor y el desamor, la cordura y la demencia, los trenes y las palomas y los hombres y la historia y todo lo que hay en ella, Picasso por ejemplo y el azar, nunca lo olvides.

Tú eres, pues, un entusiasta y el tiempo no vive anclado en tu memoria. El pasado está presente y posee el mismo rostro que el futuro. Tiempo lineal y tiempo circular sólo son formas de nombrar lo eterno, que es quietud por totalidad, absoluto moviéndose en sí mismo.

No hay grandes ni pequeñas tareas para ti. Cada cosa es lo que debe ser. Diferentes e iguales, claras y oscuras, bondadosas y perversas. Y las tomas y las celebras con el mismo entusiasmo y con el mismo vaso de aguardiente.

Pero hay algo, después de tantos años, que te inquieta. Un ligero cansancio, un deseo levísimo de quedarte en silencio, contemplando, en silencio. ¿Se agotará el entusiasmo? ¿La cuerda vencerá a la flecha?

Vamos, es sólo el cuerpo, las piernas no el camino, los ojos no el color celeste. Llegará cierto día y morirás, así de simple. Tú fuiste un entusiasta. El optimismo y el pesimismo siempre fueron para ti formas de la mediocridad, máscaras que el tiempo transforma en religión o en otro miedo, nuevamente.

Aquí estás. Hablo de ti con entusiasmo y con soberbia. Amo la luz de tu perfil, amo el aguardiente que entre tus labios dijo lo que yo quise escuchar, amo tu cuerpo bajo el sol, el de antes y el de ahora, esperando la última sensación, la más perfecta.

## ELOGIO DE LA SOLEDAD

La gente que vive en cuartos de hotel está sentenciada. Bajo las luces miserables de los corredores nadie llega de sorpresa, ninguna carta con letra familiar, un regalo de Francia.

La gente que vive en cuartos de hotel está sentenciada. El tiempo sube las escaleras y después las baja sin el mínimo reproche.

Algún día será, alguien tocará la puerta, un sueño, un diamante, un auto larguísimo que partirá con rumbo cinematográfico.

En los cuartos de hotel la gente nada tiene, ni silencio para purificar el alma, ni limpieza, ni utensilios. Sólo una especie de amor guardado hace siglos en una maleta, envuelto en un pañuelo, el soñado amor que una vez se cansa de soñar, basta, es suficiente, y llama un taxi para morir en el asiento trasero, mirando cómo pasan las luces y el aire frío entra por la ventana.

## ELOGIO DEL CAMINANTE

Tú caminas mirando el suelo, preguntándote si  
debajo de él está la felicidad.

Nadie te acompaña. ¿Quién podría?

Todos te son casi insoportables, como los ojos  
sin párpados de dios, como los estragos  
de una sorda borrachera.

Tú pusiste en vitrina todos tus deseos, los  
mostraste igual que a oro puro. Luego,  
como quien incendia un bar a medianoche,  
los incendiaste, rompiste botella tras  
botella, aquí están mis alhajas, llévense  
todo.

Hoy una sensación de trance te acompaña. Tal si  
llegara no la muerte sino una parte de la  
muerte, justo a tiempo.

Y tú te detienes, levantas la mirada, el pájaro  
más bello del mundo empieza a cantar.

## ELOGIO DE LA MEMORIA

Entre tú y yo no hay nada.

Ninguna huella dactilar, ningún día o noche traídos  
por la memoria, ala de luna o carta.

Una noche supe de ti en los versos de una joven poeta.

Ella nos contó de tus despojos con dulzura, de tus  
músculos y tendones y huesos con dulzura,  
diseccionados con dulzura.

Yo podría preguntarte: ¿Cuál fue tu nombre? ¿Cómo  
fuiste? ¿Con qué peso caminaste sobre la tierra,  
esta tierra que no es sino rocas y abrojos y unas  
cuantas mariposas?

Perdona la retórica, las preguntas de viejo policía.

Sin embargo, la vida y la muerte no son retórica y tú  
transitaste, entre una y otra, cargando movimiento,  
voces, amor u odio y tal vez algunas posesiones.

Esto me hace pensar en ti, suponer que una vez cruzaste  
bajo el azul del cielo, que abriste puertas y  
ventanas o las cerraste, que te hirieron, ¿mucho  
quizá?, como a todos nosotros, como a mí, en este  
duro reino solitario.

Entre tú y yo no hay nada.

Porque nada son los versos de la joven poeta y también  
los míos son nada.

Los versos sólo son trenes que parten y nunca regresan,  
agua que cruza entre los dedos, deseos de algo  
por siempre irresoluto.

Pero aquí estamos y en este simple hecho podrían  
estar todas las respuestas; y al decir que  
entre tú y yo no hay nada, por negación, claridad  
en la sombra, sutilísima voz del silencio, te  
estamos dando la existencia, otra existencia,  
qué más da, qué puede importarte.

Pues bien, yo sé que has cantado, que fuiste niña y en

tus faldas la felicidad jugó a la ronda contigo,  
que tus padres gozaron con el dulce color de tus  
mejillas. Que, luego, adolescente, el amor te  
trajo sus estrellas más luminosas. Que creciste  
y llegaron los hijos y todo fue palpable realidad,  
carne y condición de ser humanos.

Eso fuiste, yo estoy seguro. No voy a aceptar que una  
muerte miserable corresponde a una vida miserable.

Tú, muerta querida, fuiste hermosa, amplia copa del  
deseo, humedad, luz centelleante, piedra de siglos  
donde los hombres descansaron su cabeza.

Descansa, pues, ahora tú, en los versos de la joven  
poeta y en los míos, qué mejor tumba que nuestro  
amor.